

Jesús Ruiz Mantilla
Hotel Transición

Alianza Editorial



El XVII Premio de Novela Fernando Quiñones
está patrocinado por la Fundación Unicaja.

Un jurado formado por Nadia Consolani, Guillermo Roz,
Marta Rivera de la Cruz, Antonio Rodríguez Almodóvar y Valeria Ciompi
otorgó a *Hotel Transición* el XVII Premio Unicaja de Novela
Fernando Quiñones

Primera edición: 2016
Primera reimpresión: 2016

Reservados todos los derechos.

*El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Jesús Ruiz Mantilla, 2016 c/o Dos Passos Agencia Literaria
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-292-1
Depósito legal: M. 1.855-2016
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Recepción
Ven, que te levanto
- 35 Primera planta
¡Una bomba! ¡Ha sido una bomba!
- 59 Segunda planta
¿Juega Cruyff?
- 87 Tercera planta
Espanoles: Franco ha muerto
- 113 Cuarta planta
¿Tantos son los chinos?
- 139 Quinta planta
¿Es pecado?
- 165 Sexta planta
¿Dónde andaremos en el año 2000?
- 189 Séptima planta
¿Cómo suena Pink Floyd!
- 215 Octava planta
Pero, ese Lennon, ¿no es un drogadicto?
- 243 Novena planta
¡Quieto todo el mundo!

*A mis padres, que me enseñaron a vivir apasionadamente.
A Paula y Cristina, mis más amplias y luminosas habitaciones.
A Věra, que me alojó en su hotel.*

Recepción

—Ven, que te levanto.

Cuando la abuela Carmen entonaba aquella frase, Chucho, automáticamente, sin pensarlo, se alzaba... E iba. Quizá lo hiciera moqueando, sorbiendo el llanto muchas veces caprichoso producto del cansancio o consecuencia de un golpe tonto por el pasillo, de una caída fortuita sobre algo tan sumamente inofensivo, inocuo, blando como la alfombra, la madera crujiente de cualquier habitación o incluso el mármol tamizado de humedad que cubría el suelo de la cocina. No importaba. Como un robot, se levantaba... E iba.

La sugerencia, junto a la reacción posterior, venía a ser un acto de fe por parte de la criatura y una demostración de suprema sabiduría para los diagnósticos del dolor en la abuela. Chucho creía absolutamente en el magistral dominio de su poder. Era su voz. El efecto de su voz plácida y señorial. Su voz como un lazo, ligeramente quebrada pero vestida de perpetua serenidad, la que le levantaba del suelo como si gozara de poderes dignos de una médium.

—A ver, a ver.

Efectivamente, no solía ser nada. Doña Carmen calibraba a la perfección la gravedad de cada incidente. La estela de seis hijos le había mostrado toda la intensidad y la frecuencia de los daños: desde el rasguño hasta la muerte de alguno de ellos —algo de lo que jamás hablaba— por enfermedad o accidente. Desde el coscorrón hasta las

quemaduras de grado irreversible. Aquel gemido del nieto, más si se trataba de una torpeza previa a la hora de comer, denotaba cansancio, falta de fuerzas y necesidad de siesta.

—¿Dónde te duele?

—Aquí...

Chucho se señalaba la frente manoseándose la en horizontal. Doña Carmen debía apartarle el flequillo *'beatle'* que le caía de su peinado tipo casco y, efectivamente, cuando comprobaba que no existía daño mayor que el susto o quizás la tímida rabia de haberse sentido torpe, le aplicaba el remedio ordinario.

Recordaba eso cuando su madre regresó del cementerio. La abuela había muerto y jamás podría olvidar la negra sombra hueca de ese día. Apenas contaba ocho años.

—Ven aquí, rata...

Nada más entrar, el chaval notó algo extraño. No había tirado su madre el abrigo, como siempre, ni se había dirigido después directamente al baño. Tampoco se entretuvo en preguntar qué tal en el colegio. Ni se preocupó por su marido, que no había regresado de clase en la Universidad. Ni siquiera reparó en que María Teresa estaba preparando lentejas para comer, con lo que su madre odiaba las lentejas.

—¿Qué pasa?

Chucho no llegaba a intuir los colores de esa decepción que se planta a veces en mitad de nuestro automatismo cotidiano sin permiso. Aparece de golpe, nos arrebató la templanza que requiere enfrentarse a la lucha diaria y obliga a medir nuestras sobradas o escasas fuerzas.

—La abuela Carmen está en el cielo.

El chico no atinaba a entender el tímido pero tópico eufemismo. Mira que lo había escuchado veces para encubrir la ausencia de la muerte. Mira que cuando a otros compañeros del colegio les habían dicho lo mismo refiriéndose a un familiar o alguna tía mayor que había desaparecido de sus esquemas o sus costumbres, lo oyó explicar igual. Pero la abuela Carmen...

Con su moño rubio, sus ojos verdes, su boca pintada de pegajoso pero elegantísimo carmín. Con su rostro de seda amortiguado por una pelusa clara y armónica que se confundía entre el colorete. Con su proverbial templanza y sus acuerdos de paz perpetua mediando entre los hijos. La abuela Carmen, así como así, no podía irse al cielo. Le quedaba mucho por hacer aquí, muchas mañanas en las que despertarle para ir al colegio, muchos domingos de excursión en el Seat 850, muchos remiendos de camisas, chaquetas y pantalones al abrigo del mirador, contemplando a resguardo y calentados por la estufa de butano la seductora cadencia de la lluvia. Muchos nietos Dávila a los que también abrazar y ayudar en sus primeros pasos.

—¿Cómo que al cielo?

—Se la ha llevado Dios...

Dios servía mucho para echarle las culpas de todo aquello que no podía ser. De lo bueno y de lo malo. Ese comodín que jamás daba la cara pero hacía y deshacía a su antojo había decidido aquella mañana, tranquilamente, cambiarle la vida. De golpe, mientras Chuchito quizás perfeccionaba la tabla de multiplicar o se perdía en estrategias para que Ángela Muñoz, su compañera de pupitre, le hiciera caso, Dios se había levantado con la idea feliz —para él— y desgraciada —para sus desamparados hijos en la Tierra— de arrebatarse a su abuela.

Para siempre. Porque Dios, cuando llamaba, cuando reclutaba, cuando elegía, lo hacía para la eternidad. Y en eso consistía lo que todo el mundo tenía en la cabeza y nadie quería pronunciar. En eso consistía la muerte. La muerte era la ausencia de los tuyos para el resto de los días y el consuelo del recuerdo, la impotencia resignada de la realidad feliz que se esfumaba.

—¿Adónde?

—Al cielo, hijo, al cielo, con el abuelo.

Redundar en la idea no iba a servir para convencerle. Aunque su madre fuera poco a poco perdiendo la paciencia psicológica debida, el niño no parecía aceptar, así como así, la nueva situación. De pronto, el cielo no podía ser ese lugar en que, por mucho que nos conta-

ran, su abuela iba a quedar a gusto. Aunque fuera a reunirse con su esposo, con el abuelo Ramón, don Ramón Dávila, que ya creían había subido hacia arriba cuando él apenas tenía uso de razón, doña Carmen aún dejaba muchas obligaciones incumplidas: la constante y conveniente compañía, repetidos zurcidos, un leve gobierno interno y basado en la autoridad del cariño tozudamente equitativo entre cada uno de sus hijos y nietos, el aparente y simpático nerviosismo ante los partidos de fútbol cruciales en los que siempre apoyaba al equipo más débil, las meriendas de pan con mantequilla y azúcar, contadas perras que soltar en el mercado del Este, donde siempre repetía en los mismos puestos.

—Del cielo no vuelven, mamá. ¿Se ha muerto?

—Sí, así es, rata. Se ha muerto.

Chucho hubiera querido ser fuerte y no quebrarse. Suponía que resultaba mucho más paralizante el dolor de una hija hacia su madre que el de un nieto a su abuela. Pero lo cierto era que ésta venía a representar para él la verdad, la seguridad y la vida. Rompió a llorar. Supo que jamás volvería a verla. La última vez fue aquella visita al hospital, donde para siempre ya la recordaría débil y dejando que se comiera sus croquetas cuando le recibió sentada. Le abrazó y poco después, agotada, pidió que la volvieran a meter en la cama. Aquel gesto se reveló su despedida.

No le iban a servir a Chucho los argumentos pertinentes. El discurso de que allí iba a estar mejor; que ella prefería, como todos, descansar. El consuelo argumental inevitable, la magia negra de los salmos, ni los rosarios.

—Voy abajo... Allí andan los tíos. ¿Vienes conmigo, pirata?

Pirata, Makilikudi, Turuta, rata, indio cochise, nené... , con tanto mote, al pobre chaval le podían haber creado su serio problema de identidad. Un incómodo molde de despistes con graves trastornos de personalidad a la manera de la denominada '*vacilación prenatal*' que decía experimentar Kafka. Resulta peligroso andar cambiándole el nombre a la gente. Cuando miro hacia el niño, feliz, en su isla,

confiado incluso dentro del Castillo del que más tarde la vida te va haciendo tomar distancia, desconfianza, no puedo evitar un sentimiento entre rabioso y piadoso. Ese *'entre'* kafkiano, precisamente, como solución intermedia en la vida para pertenecer a las cosas, para asimilarse y permanecer ajeno al tiempo. Creo que al Chucho que recuerdo siempre le ocurrió no sólo que sus padres le llamaran a capricho y nunca —salvo bronca— por el nombre de pila: allá donde iba se le denominaba como convenía a la gente. Jamás fui capaz de imponer aquel con el que más a gusto me sentía aunque ya fuera del entorno me miraran raro, como si de un perro se tratara. ¿Chucho? Pues sí. Chucho. Chucho le plantaron un día encima y Chucho se sentía dentro de su piel un tanto fofa de tranquilote y comodón chiquillo mimado en una capital de provincias. ¿Chucho como un perro? En cierto modo como un mastín o un san Bernardo, aunque de ojos alegres y dotado de otra zalamería. Prefería aquello a otra cosa, pese a que me tuviera que acostumbrar, que claudicar. No le veía la gracia a los moteos que llovían o a la insistencia en los apellidos entrecortados: «Davi» —como en el colegio, tan perezosos sus compañeros para rematarlo con el «la» final, aunque dicha reducción implicara su toque de cariño—, o Chus, como le ocurría en verano por el pueblo, aunque bueno, eso me desagradaba menos. Ves cómo me mezclo, cómo me mezclo, me fundo y me confundo entre las voces. Hoy que casi me tengo que conformar con la conveniencia del nombre a secas en los entornos serios, profesionales, o el apellido completo, como si fuera un comisario o el dependiente de una tienda de telas. Da gusto que alguien me sorprenda llamándome Chucho por la calle, de espaldas, a traición casi. Sonrío inevitablemente. Le abro el sentimiento al detalle. La frialdad de mi nombre se me revuelve como un síntoma de distancia. Se torna en mi contra. Incluso en las amantes o las parejas que no han pasado de ahí, que no han sabido o no han querido construir una identidad específica para denominarse como nos diera la gana dentro del territorio más íntimo. Se me hacía raro escuchar de sus labios: Jesús. Me fui adaptando a ello. O inadaptando, quién sabe, a la vista de los resultados. Me pregunto

cómo me habría llamado ella, cómo puede llegar a llamarme si algún día reúno la determinación necesaria como para ir a pedirle de rodillas que me haga suyo. Sé que esto suena demasiado arrebatador. Seamos positivos, dejemos volar la imaginación, permitámonos soñarlo. Así debe ser. Prometo. Me prometo a mí mismo que cambiaré. Que me aplicaré la máxima de Nietzsche: «Llega a ser quien eres». ¿Es posible, real ese planteamiento? Lo dudo. Me quedo con la extrañeza de Kafka hacia sí mismo. Incluso con el reto de buscar un amor epistolar, que sólo se construyera con palabras escritas, como él hizo con Felice Bauer, hasta que aquello dio de sí lo que dio de sí. Demasiado templado, demasiado inseguro, demasiado poco entregado he vivido mis historias sentimentales. Y así me va, solo me veo, solo me siento, solo quedará si no rompo esa cadena de terror al fracaso. Amar no se puede decir que no haya amado, pero quizás con escasa entrega, con escasa generosidad. Aunque no, Katia, Katia Bataglia, no puede afirmar eso. Tampoco Lourdes, a esta última no le voy a poner apellido. Ni mucho menos ahora lo puede sostener ella. Ella esquivaba, ella cómplice de nuestros escauceos, de nuestros regateos, de nuestros silencios. Ella, sin nombre, pero envuelta arrebatadamente en cuerpo ardiente y deseado dentro de mí. Ella sujeto, ella pecho por descubrir, sexo donde saciarme. Anhelos de vida y muerte, mi más secreto palpito.

Pese al leve sol, pese a la ilógica templanza de un tímido inicio de invierno, el día se le había tornado al chaval un congelado habitáculo temporal de emociones. Por el hotel crujían a veces los llantos que se perdían en el alargado salón cubierto por unos biombos de madera para separar los espacios de los clientes que no tenían por qué soportar un duelo, aunque fuese la excepción. Las miradas perdidas se sucedían como espectros de fijación en el aire. Llegaban hermanos, hijos, primos. Tomaban asiento tras contagiarse la solidaria compañía de los abrazos.

Los empleados de la recepción y los botones contemplaban el desfile con cierta congoja. No en vano la dulzura de doña Carmen

les había servido muchas veces de refugio ante la ira de su esposo que en tiempos fue él quien regentó el negocio y contrató a la mayoría de ellos pero podía llegar a ser un patrón insoportable.

A Pepe Forteza le sustituía Antonio Gentil por la tarde: la distante altivez peinada con canas hacia atrás del viejo falangista debía dar turno al compañero que le tomaba cada día el relevo obligado a callar a menudo sus opiniones ante los exabruptos del colega. Sabía cuál era su lugar. Se imponía conservar el trabajo para dar estudios a los hijos y, ante esa prioridad, no quedaba espacio para significarse con opiniones inconvenientes. Pepe no parecía un chivato, pero las paredes oyen y a don Ramón Dávila, que ganó la guerra con los Nacionales, todavía se le podía revirar el ánimo aplacado más de tres décadas después del conflicto con cierta voluntad caritativa pero no suficiente para no echarle a la calle. El abuelo era de los que cantaba el *Cara al sol* cada mañana mientras se afeitaba. Y el soniquete de los himnos, aunque mecánico, resulta capaz de contagiar reacciones imprevisibles.

Santos, por su parte, el botones que resistía en su puesto desde el día de la inauguración del hotel en 1947, parecía una efigie de antiguo galán. Maestro en elevar la ceja, no se metía en líos, aparte de evitar dar disgustos a las gallinas que le proporcionaban los huevos de yema anaranjada con que su mujer le preparaba un glorioso bocadillo de tortilla casi cada jornada.

Los tres componían, con variantes de otros empleados más efímeros, el hábitat de la recepción y la espina dorsal humana del negocio que ahora regentaba Rocío Dávila. Lo hacía con manos libres ante unos propietarios madrileños que se presentaban por allí de vez en cuando.

El acotado espacio con amplio mostrador y un hueco donde se escondía Rosario, la telefonista, era donde se recibía cada día a los huéspedes venidos de cualquier parte: amantes urgidos por dar refugio a sus instintos, viajantes de comercio más o menos habituales, marinos deseosos de respirar otro ambiente antes de zarpar hacia el siguiente puerto, familias veraneantes en temporada, oscuros funcionarios con encargos sin especificar, ciudadanos anónimos, viudos y

viudas a tiempo completo, maestras y médicos de pueblo que se acercaban a darse un respiro por la capital, actores y músicos en gira, sacerdotes que visitaban parientes... El mundo y un esquema de la sociología presente y pertinente en un tiempo que apenas podría captarse dentro de un retrato nómada con escaso espacio para posar en la foto.

Alguien pensó que Chucho no pintaba nada en mitad de aquel trance: entre el reparto de pésames y el desconcierto patente que hubiese descompuesto la imagen de sus familiares, a los que suponía capaces de vencer casi todo. Ellos mismos se sentían incómodos ante la perspectiva de verse derrotados delante del niño.

Así que volvió a subir al noveno piso. Allí vivían. Él, su madre y su padre, con María Teresa de por medio —aunque ella, sin quedarse a dormir—, ocupaban una especie de isla elevada por donde se observaba el mar en un simulacro de ancha claraboya desde su habitación orientada al sur.

María Teresa había guisado unas lentejas. Pero lo que sentía Chucho era todo menos hambre. A esa hora, después del telediario, emitían *Bonanza*. El niño no estaba seguro de querer ver aquella serie con las tribulaciones de los Cartwright sin la compañía de su abuela, como hacía a menudo. Le iba a afectar mucho no volver a sentirla hipnotizada por carros, carretas y caballos mientras cortaba hilos con los dientes y se guardaba de los pinchazos con dedal.

De *Bonanza* Chucho nunca ha querido olvidar el sombrero del gordo, la nobleza sonriente del pequeño, las canas con chaleco del padre. Pero sobre todo las explicaciones o las dudas que doña Carmen esparcía en mitad de un episodio, la leve y divertida distancia con la que se creía aquellas intrigas por tierras y ganado, con malos y buenos, con villanos y héroes de familia, tan lejanos y tan cercanos a la vez.

La televisión en blanco y negro, que tardaba en calentar y retrasaba el principio de algún episodio, lograba introducirles en un mundo que abuela y nieto pintaban a su antojo durante las tardes con tiempos muertos hasta la merienda, entre vacíos y resquicios,

acompañados de café para ella y galletas napolitanas de penetrante canela para él.

Pero aquel día fatídico en que quedó despojado de su más venerado tesoro, tuvo que comer. Junto a María Teresa, en silencio. Chuchito contaba unos cuantos amores por aquella época. La criada era uno. Ángela Muñoz, la niña de los ojos azules y el pelo recogido con raya al medio, otro. Contaban dos edades bien distintas. María Teresa en su dulzura barriobajera, con su efecto mágico de tacones que se quitaba al entrar y volvía a colocarse a la hora de salir ante el silencioso embobamiento del niño. Ángela en su igual a igual cotidiano pero inalcanzable del territorio compartido en torno al pupitre común.

Ambas le ordenaban la vida de alguna manera cuando no lo hacía su abuela. Ángela Muñoz sin permitir que se distrajera mucho con las explicaciones en clase. Una tarea más bien ardua, sobre todo en mitad de las asignaturas de peso, aunque sólo fuera por los minutos en los que se dejaba llevar mirándola de reojo. No podía evitarlo, fijarse bien en ella, incluso pese al riesgo de perder la clave de los problemas matemáticos o gramaticales que comenzaba a aprender sin ser consciente de que serían algunas de las lecciones más importantes de su vida. La base de todo.

María Teresa, en cambio, le atraía planchándole, arropándole, cocinándole o sencillamente riéndole las gracias sin dejar resquicio de arrugas en su rostro de nácar y sus pestañas medio orientales.

—¿No vas a comer, trasto? No me acabo de creer que no tengas hambre. Nos vamos a poner los dos a ver la televisión, el telediario, aunque nos aburra. Si quieres, convenzo a tu madre para que esta tarde no vayas al colegio.

—Bueno...

La elección resultaba crítica. La actitud de María Teresa también. Trataba de mostrarse elocuente cuando lo habitual era que la muchacha hablara lo justo. Ahí residía otro de sus encantos: en una nada impostada discreción. Pero aquel día, incluso se atrevía a ofrecerle planes, alternativas, cosa que en su vida se le había ocurrido.

Aunque últimamente el único aliciente serio —más allá de sus amigos— para poder levantarse cada mañana e ir a clase se limitaba a pasar las horas junto a Ángela Muñoz, todo el mundo iba a comprender su luto. Total, una lección de inglés y otra de dibujo no iban a ninguna parte.

Chucho se encogía de hombros. Aceptó comer algo sin mucho entusiasmo. Con la noticia, María Teresa había cambiado el menú. Decidió meter en la nevera las lentejas y sustituir las legumbres por unos macarrones con tomate y chorizo gratinados. Estaba segura de que la pasta serviría para arrancarle una sonrisa en medio de la incipiente pena que comenzaba a ensombrecer su gesto de niño generalmente alegre.

Al chiquillo le entusiasmaban los macarrones. Sobre todo los de la abuela Encarnita, que se tiraba la mañana para cuajar la salsa. Los que le preparaba María Teresa tampoco estaban mal, aunque no se esmerara con el tomate y le metiera Solís de bote para ganar tiempo.

La televisión aquel mediodía mantenía sus armas seductoras. La carta de ajuste, con su cuenta atrás y su logotipo de TVE en la parte superior de aquella tarta catódica. Adornada con aquellas líneas a capricho, se revelaba capaz de mantener un envolvente suspense previo a lo que todo el mundo más o menos sabía que podía darse. La música a modo de prólogo, el reloj que marcaba el día como un despegue de cohetes, el silencio entorpecido por la maraña electrónica que una vez prendida salía de sus tripas.

Corolarios en gris de un país que, contemplado ahora, rompió la cáscara de un huevo pringoso, con su yema cortada, contaminada por la salmonelosis colectiva. Miro hacia aquel niño que se abstraía impaciente ante la carta de ajuste muchos mediodías mientras zapeo metido en este hotel oscuro, en penumbra, decorado con esa manía hacia la luminosidad que mantienen muchos establecimientos hoy en día. Moderneces. Me topo con un enjundioso episodio de *Los Soprano* y lo disfruto sin mis vicios prejuiciosos de guionista profesional. Cómo han cambiado los esquemas de nuestras vidas. Sujetos a

la ficción que nos brindaban de niños, tan correcta, tan pedagógica en los órdenes morales y ahora tan corrosivamente real si nos decidimos a convertirnos en ese tipo de espectador que desee mirar a la vida y sus borrosos claroscuros de frente. ¿Cuándo aprenderemos o nos atreveremos a romper las reglas de esa manera? Ahí anda Tony persiguiendo a un *pringao* mientras lleva a su hija a elegir universidad. Tony el difuso héroe del hampa, calvo, rogordete, perdido, en tratamiento psiquiátrico, con ataques de pánico que ahora parecen habersele esfumado porque es que ves como a ese pobre «cuitao» le va a partir las piernas. Tony el medio degenerado que prefiere tirarse a una amante rusa coja, tullida, que a Carmela, su fascinante mujer. Tony, que lo primero que hace nada más levantarse es abrir la nevera en albornoz, a ver qué encuentra, a ver a base de qué bocado o de qué sorbo para tragarse la vida decide calmar su primer impulso ansioso. Tony sufriente y traumatizado por una madre castrante y un tío cabrón, al que desprecia la peña porque le gusta comer coños, como a mí. Tony, crisol de todas nuestras barbaridades, de todas nuestras atrocidades, de todas nuestras penurias, nuestros sueños rotos, nuestra moral torcida. Bendito seas entre todos los ángeles del infierno, ahora que además has muerto, Gandolfini: te vi demasiado pasado de peso en aquella turbia película que hiciste junto a Brad Pitt, ¿cómo se llamaba? Pero me estoy saliendo de la escaleta. ¿Qué le pedía a la vida aquel niño? ¿Qué sueños poblaban su balbuciente conciencia? Me pregunto muchas veces si le fui fiel —que ni tanto ni tan calvo, porque qué sueños alberga nadie con siete u ocho años, más allá de jugar en su equipo favorito aunque se trate de un conjunto irremediabilmente perdedor—, si se reconocería como más o menos le recuerdo yo a él, si se mostraría en paz con lo que fue, lo que generó, lo que degeneró. Por aquel entonces, creo que Chucho quería ser buzo, ya se le había pasado la urticaria de monaguillo con aquellos manteles que le plantaban en la procesión del pueblo junto al incensario y las ganas de seducir desde un púlpito, como los diáconos que rezaban el rosario, sobre todo las letanías pobladas de palabras y adjetivos extrañísimos y redundantes que ya no podría repe-

tir —Santa María, ruega por nosotros. Santa Madre de Dios, Santa Virgen de las Vírgenes— y que se me han borrado como la fe en el alucinógeno dogma de la Trinidad. Quería ser buzo, hundirse en plomo sobre el fondo del mar y observar aquella matizada realidad acuosa de las profundidades desde su escafandra. Hoy no estaría mal. Hundirse, digo, con un resquicio de salvamento a mano. Después pasó a la arquitectura, pero pronto comprendió que su incapacidad para el dibujo y su negación pasiva ante las matemáticas —que dejaban tan poco espacio a la imaginación y todo para la memoria marcada— no acompañaban su empeño en emular a los constructores de catedrales y rascacielos. Voy y vengo del relato y me siento incómodo, como inmiscuyéndome donde no me llaman, sin guardar distancia, sin esa caricia objetiva que merece toda narración. Pero la vida me lleva hacia aquel chiquillo como un repiqueteo de la conciencia. Apenas me viene a la mente qué decía, cómo hablaba, pero sí los olores, los calores, la blanda congelación de la humedad perpetua, el viento cortando la cara, pero no qué decía, cómo lo decía, el tono de su voz, así que las frases dialogadas de este relato pueden ser o no ser. ¿A quién le importa? Acomódenselas a gusto y elijan lo que más les convenga. El territorio de la infancia, qué asco, qué pena doy, lejos de mi intención queda atragantarme de tópicos. Las grandes verdades, pese a que nos resistamos a admitirlo, llevan una buena carga de planteamientos preconcebidos encima. De ellos me gustaría escapar, y aunque sea real el tópico, lo adornaré literariamente, lo vestiré de verdades poco realistas. Observo, mientras me fijo en aquel niño que fue, como resultan imposibles muchas de las apreciaciones fijas sobre él. A esa edad no podía ser tan consciente de la sensualidad que debía de rodearle, todo eso lo ha echado encima con una carga medio viciosa el recuerdo, que es aquello que no conseguiremos jamás desnudar hasta su más pura esencia porque siempre irá contaminado de emociones adquiridas con la experiencia posterior. Pero ahí le dejo, ahí le veo. Desde la estrecha mirilla del oblicuo ojo de buoy con que contemplo el tiempo, le observo, ahí, embobado en medio de la tregua que nos concedía la desconcertante carta de ajuste.

Chucho la contemplaba medio atónito mientras procuraba que el chapoteo de una excesiva ración de tomate no le salpicara la camisa blanca del uniforme. El atuendo se componía de un pantalón gris, corbata roja y jersey del mismo color. Aquel salto hacia los bustos parlantes y los primeros anuncios —la maciza que montaba un caballo blanco para vender una botella de Terry, en camisa y con las piernas al aire, como una mudita Brigitte Bardot— lo iba a tener que hacer solo a no ser que aquel día María Teresa rompiera su obligación de comer en la cocina y se arrimara a hacerle compañía.

—María Teresa...

—¿Qué?

—¿Vienes?

—Ya.

La muchacha dejó el fregoteo, se secó las manos sobre el delantal y se dirigió al cuarto de estar. Ella no lo sabía, pero la preocupación y el agobio de no ser muy consciente aquel día de las prioridades —atender antes al niño o dejarlo todo como un sol— le marcaban una sensual gravedad en la cara. O quizás fueran otro tipo de preocupaciones, otras cuitas, las que le hacían mantener con esfuerzo la concentración en su cuidado. Al fin y al cabo, ese día no exigía más que la pura compañía de la distracción.

—¿Qué tal el colegio?

—Regular.

—¿Por...?

—Me pegué.

—¿Con quién?

—Con Nacho Lavín.

—¿Qué hizo?

—Quería meterle una bola de plomo a Montiel en el cuerpo y que se la tragara.

—Bestia.

—Se lo dije: bestia, animal, eres una bestia. Me miró con cara de guardármela, pero conmigo no se atreve.

—Y eso que vais a uno de pago...

Rocío irrumpió medio desbordada en mitad del cuarto. No quería llorar, quizás ya lo había hecho demasiado en silencio. O en grupo, cada vez que aparecía por la puerta alguno de sus primos, de los familiares cercanos. No de sus hermanos, porque ahí, juntos, habían permanecido todos como una piña en la agonía, hasta el último suspiro.

Chucho se preguntaba dónde andaría su padre. O quizás no, quizás no lo había echado de menos en medio de aquel caótico baile que le tenía desconcertado y que sólo María Teresa se atrevía a retar con el orden trufado de leves caprichos pensados al tuntún para desafiar el ritmo de aquel día traumático.

—¿Papá...?

Chucho lo preguntó sin más acompañamiento que el leve susurro de unos puntos suspensivos.

—Abajo.

Se conoce que era el día de las palabras tajantes. De los monosílabos casi. Las demás sobaban o se sustituían por muestras de cariño. Eugenio, su padre, retaba a la vida con bondad. Hasta entonces se había salido con la suya. De entrada, pensaba bien de todo el mundo. Su mayor frustración había sido no haber logrado pasar unas duras oposiciones para juez después de acabar Derecho y Filosofía y Letras. Pero, si nos hacemos a la idea, le sobraba ecuanimidad y le faltaba malicia para un puesto de ese perfil. Así que pasó al plan B: enseñar Historia Contemporánea, que acabó siendo su especialidad en esa doble vertiente por la que se deslizó un tiempo entre el mundo de la judicatura y lo académico.

Había establecido con su hijo una relación discreta pero profunda. Quizás Chucho, en aquel momento de su vida no se daba cuenta, no apreciaba el cuajo moral, estético, incluso, que el padre, discretamente, iba construyéndole a sus espaldas. Puede que Eugenio supiera aguardar su momento de futuras complicidades con el hijo. Lo era todo para él. Puede que le llevaran los mil demonios ante la aparente predilección que mostraba por alguno de sus tíos maternos, más heroicos a sus ojos, con más arrojo aparente, más dueños del

tiempo que se aprestaba a venir, más vivos, más yeyés, que un padre demasiado formal para su balbuceante esquema rebelde de hijo único. Pero ahí donde le veías, con sus tirantes de goma, sus camisas bordadas con iniciales, sus zapatos de ante para los escasos días sin lluvia y sus trajes impecables alternados con atuendos *sport*, Eugenio iba conquistando al muchacho gracias a sus armas secretas: la afición al cine, la música, los libros de Stevenson y Julio Verne, para empezar, y el fútbol.

Aquel día no le había llegado a ver. Es posible que necesitara su abrazo y él no se atreviera aún a cruzarse con el sollozo de un hijo demasiado tierno y poco preparado como para enfrentarse tan temprano a la muerte. Aunque así era la vida, y a él un destino al que no les estaban reservadas preguntas incómodas le había arrebatado demasiado pronto a su padre. Murió cuando Eugenio apenas salía de una adolescencia poco respondona, muy propia de aquella generación vitalmente derrotada —incluso para los que se consideraban vencedores— de la posguerra.

De pronto apareció. Chucho lo solía presentir por el pasillo, medio carraspeando.

—Papá...

—Hola chiquilicuatri...

—Murió la abuela.

Chucho quiso anticiparse al engorro de que su padre se viera obligado a decirle algo. Él calló, sencillamente, y le agarró por el cogote. Se limitó a eso y a animarle para que se quedara aquella tarde con María Teresa.

—Bueno... Ahí está, mi turuta. Esta tarde, si quieres, no vayas al colegio. Si no te apetece, nada.

—Me lo estaba pensando, aquí, con María Teresa.

La muchacha se sonrojó un tanto. Puede que avergonzada de haberse adelantado al visto bueno del padre, pero también satisfecha por proponérselo.

—No hay problema, don Eugenio, yo hoy me quedo lo que haga falta.